

citasen públicamente los ministerios de la Compañía, principalmente las misiones¹.

Encargó luégo al P. Borgo reuniese profesores para entregarles el seminario de nobles. El P. Borgo llamó en su auxilio al P. Pignatelli: el cual después de excusarse, como hemos visto, continúa y le dice: «Hablé sin embargo tres ó cuatro veces al Sr. De la Cella²; el cual me alegó las razones que á V. expuse. La de su salud me hizo fuerza: porque con los dolores nefríticos

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 26, pág. 634. El hecho de tratar el duque de Parma de reponer en sus estados á los Padres de la Compañía inmediatamente después de la desgracia de Moñino, manifiesta claramente lo persuadido que estaba de que la tenaz oposicion de la corte de Madrid á los jesuítas dimanaba, no de la persona del soberano, sino de la de su ministro el conde de Floridablanca. Y es cosa bien digna de notarse, que en las tres cortes, que más trabajaron en la extincion, como fueron las de París, Lisboa y Madrid, el odio á la Compañía duró tanto tiempo, cuanto duró el poder y favor del ministro, que promovió aquella obra de iniquidad.

Cae Choiseul en Francia, y tras él el Parlamento: y aunque continuó en el trono Luis XV, cesó la guerra á la Compañía; la cual hubiera sido inmediatamente repuesta en aquel reino, á no estorbarlo los ministros de España. Muere en Portugal José I, y con él acaba el favor del marqués de Pombal; y uno de los primeros cuidados de su hija y sucesora es declarar la inocencia de los jesuítas, y tratar de rehabilitarlos: y lo hubiera conseguido, á no oponérsele los ministros de Madrid, cuyas malignas tramas hubieran quedado patentes á todo el mundo, si se hubiese declarado la inocencia de los jesuítas y se los hubiera restablecido.

En España fue llamado al ministerio á raíz de la extincion el que fue por ministro á Roma para arrancar de Clemente XIV con sacrilega violencia el Breve abolutivo de la Compañía. Para desgracia de esta conservóse en su puesto el ministro hasta la muerte de Carlos III, y continuó en él los dos primeros años que reinó Carlos IV: y en todo este tan largo período no hubo suceso próspero para la Compañía, á que no se opusiera España con todo su poder, ni se hizo tentativa alguna de restablecimiento, que con promesas y amenazas no la ahogase España en sus principios. Únicamente á la caída de Moñino, y aun siendo reemplazado por un conde de Aranda, se atreve el duque don Fernando á tratar con eficacia de restablecer la Compañía en sus estados. Tampoco esperaba Pío VI otra cosa que la remocion del poderoso obstáculo, que la corte de Madrid le oponía para advertir á Carlos IV de la obligacion de reponer á los jesuítas en sus reinos.

² El P. della Cella, antiguo jesuíta.

y otros achaques que padece, mal podría adaptarse á las fatigas de la vida comun, que exigiría la buena disciplina de un colegio.»

«En cuanto á los españoles, no tres, sino trescientos, reconocerian un deber suyo, y tomarian como un honor, el secundar los útiles intentos de tan gran soberano, á quien profesan la más respetuosa veneracion y el afecto más sincero. Pero este plan ¿podría en la actualidad combinarse con los últimos proyectos de nuestra corte? Pensémoslo seriamente. Yo sería de parecer que conviene aguardar á que salgan al público los nuevos planes y combinaciones, que parece preocupan actualmente al Gabinete de Madrid.»

«Entretanto auguro á V. y con todo mi corazon le deseo más feliz resultado en Roma y en Milan. ¡O cuánta fatiga! ¡O cuántos cuidados le cuesta el procurar el bien público, que con tanta facilidad y quietud se conseguía veinte y cinco años atrás! Esperémoslo todo en el Señor, querido Borgo: porque no, no, no ha puesto en olvido á los hijos del grande Ignacio. — *Vale, jube, meque mutuo dilige.* — *Tuus ex animo.* — JOSEPH PIGNATELLI¹.»

Y no se equivocaba el Siervo de Dios. En este mismo mes de Junio en que escribía, el duque D. Fernando determinó que con toda la solemnidad posible se celebrase la fiesta de San Luis Gonzaga en la iglesia del real sitio de Colorno, unas diez millas distante de la ciudad de Parma², y mostró deseo de que predicase el panegírico del angélico jóven el P. Gerardo Pennazzi, natural de la misma ciudad de Parma, de la que hacía veinte y dos años que estaba desterrado.

Escribiósele en este sentido: y, lleno el corazon de júbilo, púsose en camino el venerable octogenario; pasó por Bolonia, hospedándose en una casa de jesuítas españoles: y llegado á Parma, predicó el sermon del angélico Luis con particular esfuerzo y con mucha devocion y ternura, en presencia de un in-

¹ De la copia remitida por el P. Van Meurs.

² P. LUENGO, *Diario*, loc. cit.

menso auditorio, por la mayor parte de gente principal, no faltando á tan devota fiesta los soberanos y toda su familia.

Por devocion particular de la Archiduquesa Maria Amalia, ó por determinacion del Duque, se celebró el mismo día con mucha solemnidad otra fiesta al Santo en la iglesia del colegio de la Compañía, que desde la expulsion de los Padres en 1768 hasta el presente año de 1792 habia estado cerrada. Dejáronse ver aquella mañana cinco jesuitas, que se hallaban en la ciudad, en los confesonarios de dicha iglesia, oyendo á los penitentes, como hacían cuando moraban en aquel colegio¹.

Mientras en el ducado de Parma los jesuitas se manifestaban tan en público como acabamos de ver, en Bolonia se iba á verificar un cambio de alguna importancia para el P. Pignatelli. Dejó el cargo de comisario real, D. Luis Gnecco, y tuvo por sucesor en él á D. José Capelleti², en cuya compañía tuvo que pasar á vivir el P. Pignatelli, como habia vivido hasta entonces en casa de los tres comisarios Coronel, Forcada y Gnecco, que habian precedido á Capelleti.

Sea que este señor permitiese alguna mayor libertad á su venerable huésped, ó bien que ya no fuera tan rigurosa en este tiempo la vigilancia que sobre el Padre se ejercía; lo que no se puede poner en duda es, que el Siervo de Dios este año emprendió un viaje á Nápoles con licencia y permiso expreso que de aquella corte se obtuvo para ello³. De la estancia del P. José

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 26, pág. 381.

² Llegó á Bolonia el 28 de Julio de 1792. P. LUENGO, *Diario*, Tomo 26, pág. 433.

³ Los reyes de Nápoles, Fernando y Carolina, hermana del emperador de Alemania, arrastrados primero por el ministro Tanucci y después por José II, habian causado grandes pesadumbres al Sumo Pontífice. Á medida que la revolucion francesa iba tomando un aspecto más amenazador, reconocieron su extravío, y trataron de enmendar su antiguo yerro, mostrando menos altivez y tenacidad en sus relaciones con el Papa. Entraron en negociaciones con Pío VI á fines de 1789, y el año siguiente quedaron terminadas; hecha la reconciliacion, pasaron los reyes á Roma en la primavera de 1791, siendo recibidos del modo más afectuoso por el Pontífice. A principios de 1792 se

en aquella ciudad da testimonio el jurisconsulto D. Gregorio de Micillis, administrador de los condes de la Acerra¹. El objeto de este viaje no lo manifestó el Padre; pero no parece admitir duda que fue explorar el terreno y preparar la reunion de los jesuitas, como se hacia en Parma.

De vuelta á Bolonia, presentóse á sus ojos el más triste espectáculo. Á mediados de Octubre (1792) empezaron á llegar á esta ciudad eclesiásticos franceses que venian desde el Piamonte, en donde se habian refugiado, huyendo de Niza y Saboya: y todo el mes fueron llegando diariamente en gran número, de suerte que por todo el Noviembre se reunieron en dicha ciudad como unos mil doscientos, acogidos con gran caridad los jesuitas españoles: hicieron en beneficio suyo una colecta entre los de esta nacion residentes en Bolonia, en la cual recogieron quinientos cuarenta escudos; y ellos de su pobreza les repartieron en pequeños y privados donativos una cantidad mayor.

En otras muchas cosas procuraban ayudarlos, servirlos y agasajarlos, convidándolos á desayunarse en sus casas, familiarizándose con ellos para animarlos, consolarlos, instruirlos en las cosas del país y dirigirlos en todo lo que se les ofrecía. Ellos, con expresiones de mucha gratitud, protestaban que en todas las ciudades, en que han encontrado algun jesuita, siempre habian hallado en él igual acogida y caridad². Quien más desplegó en estas circunstancias las alas de su celo fue el P. Pignatelli.

Juntamente con los eclesiásticos habian emigrado á Bolonia nobles distinguidos, y familias ilustres y poderosas, obligadas á abandonar su país natal para poner en salvo su vida y la fe de sus mayores, que por igual peligraban en su país. Errantes en tierra extraña, carecian de techo en que refugiarse y de recur-

proveyeron las sillas vacantes conforme se habia convenido. Esta feliz coyuntura debió de aprovechar el P. Pignatelli para restablecer allí la Compañía, pretextando una visita á su hermana la condesa de la Acerra.

¹ *Process. Neapol.*, fol 514.

² P. LUENGO, *Diario*, Tomo 26, pág. 664.

sos con que atender á las primeras necesidades. No es decible cuánto laceraba semejante vista el corazón del Siervo de Dios. Preguntado en cierta ocasión por un amigo cuál era el motivo de su melancolía, respondió: «¿Quién puede ver sin entristecerse la desgracia de tantos venerables sacerdotes, de tantas matronas nobles, y doncellas delicadas, y niños inocentes, de toda edad y condición, que piden como gran merced un pedazo de pan para matar el hambre?»

Todo el dinero que tenía, y era mucho el que le llegaba de Madrid de mano de su sobrina D.^a María Manuela, lo repartió en limosna; y agotada la moneda, echó mano de todo lo que en su casa tenía. Á las mayores y más extremas necesidades acudía con mayor solicitud, llegando á dar hasta veinte, treinta y más duros de una vez.

No contentándose con socorrer á los que manifestaban, ó de palabra ó en su exterior, el extremo de su pobreza, buscaba con solícita compasión y ternura á los vergonzantes, y los auxiliaba en secreto con extraordinaria largueza. Un solo caso particular referiré, en el cual campea lo benéfico é ingenioso de su caridad: quiso dejarlo escrito para perpetua memoria la marquesa de Forbin, agradecida á su bienhechor.

«En la primera revolución,» dice, «del 1792, huyendo á toda prisa de Francia, venimos á Italia, y nos detuvimos por algun tiempo en Bolonia, donde habitaba el P. Pignatelli. Apenas supo nuestra llegada, vino á visitarnos y ofrecernos sus servicios con tanta cordialidad, que no parecía sino que le hacíamos señalado favor en aceptarlos. Estábamos por cierto nosotros bien apurados: y habiendo sabido el P. Pignatelli que por añadidura un niño mío estaba malo de una pierna, me visitó, y pidió verle; y mientras le estaba haciendo caricias y animándome á mí á sufrir, conmovido por mi desgracia, valiéndose de la oscuridad de la habitación, puso bajo la colcha de la camita su generosa dádiva, en la confianza sin duda, de que como yo recibía muchas visitas, no caería en que había sido él.»

«Le acompañé hasta la puerta; y al volver á la alcoba, me

encontré al niño llorando y quejándose amargamente de que yo le hubiese llevado allí á aquel sacerdote, el cual mientras le acariciaba con una mano, «había apoyado el codo,» decía el angelito, «sobre el puesto del mal, y aún sentía la impresión.» Empecé á consolarle; pero la criatura no cesaba de llorar: hasta que yo, levantando la ropa para ver lo que aquello había sido, me encuentro con sorpresa colocado sobre la piernecita mala del doliente un lío de cien ducados de oro de Holanda. Al ver aquello, solo Dios sabe cuál fue mi admiración, mi alegría y mi gratitud por acción tan noble y generosa. Nos mirábamos atónitos uno á otro sin decir palabra, y entretanto las lágrimas del agradecimiento se deslizaban por nuestras mejillas.» Con esta finura y disimulo sabía el Siervo de Dios ejercitar su misericordia.

Por este mismo tiempo se notó en el P. Pignatelli una mudanza repentina en su exterior, que llamó en gran manera la atención de cuantos le trataban. El P. Luengo aduce como causa de este súbito cambio el que experimentó la ciudad de Bolonia por efecto de las nuevas ideas, que hacían presentir próximos desórdenes. «El trastorno de Bolonia,» dice¹, «por la revolución republicana, quitándole el gusto de vivir en aquella ciudad, le fue ocasión y motivo de una gran mudanza en toda su conducta.»

Ignoraba el autor del Diario la intervención del P. Pignatelli en el asunto de la Compañía en Parma; en el cual procedía el Siervo de Dios con suma reserva. El verdadero motivo de su «gran mudanza en toda su conducta,» no fue sino la determinación que desde luego hizo de agregarse con los jesuitas del parmesano á los de Rusia. Sábese esto por un joven boloñés, por nombre José Colliva, testigo del cambio que se obró en el Padre, y enterado, como puede juzgarse, por el mismo, de las causas que lo motivaron, por haber sido más tarde en Colorno novicio del P. Pignatelli.

De dicho Colliva lo oyó Luis Pancaldi, siendo ya de la Com-

¹ *Diario*; Tomo 43, pág. 1069.

pañía, y lo depuso con estas terminantes palabras¹: «Recuerdo bien haber oído decir al boloñés José Colliva, que el Padre en Bolonia juntaba á la vida de eclesiástico una cierta manera de vivir conforme con la nobleza de su nacimiento. Y al mismo oí decir, que apenas se determinó á ir á Colorno, pareció en público como un simple particular ordinario, vestido con un decente, pero humilde, traje de sacerdote secular, con una mal peinada peluca: lo cual me hizo creer que había cambiado de estado, y se adaptaba á una vida religiosa y no ya secular.»

Iba tan adelante la causa de la Compañía en Parma, que á los últimos días de Octubre de este mismo año de 1792 se reunieron en el seminario de nobles trece jesuitas. Pasaban los alumnos del seminario las vacaciones en la casa de campo, y al empezar el curso á primeros de Noviembre, comenzaron á estarles sujetos como lo estaban á sus antiguos superiores².

¹ *Process. Rom.*, fol. 865.

² P. LUENGO, *Diario*, Tomo 26, pág. 643.

CAPÍTULO IX

Celo del P. Pignatelli por la conversion de la dama filósofa. — Convictorio de San Roque en la ciudad de Parma. — Proceder del Padre José en el asunto de la agregacion. — Fallecimiento de D. Ramon Pignatelli. — Su elogio. — La fiesta de San Ignacio en San Roque. — Negociaciones del duque D. Fernando á favor de la Compañía. — Carta al P. Vicario Lenkiewicz. — Convictorio de San Pablo en Placencia. — Llegada de tres Padres de Rusia á Parma. — Agitacion en Italia y España. — Pide el duque á Pío VI autorice la agregacion. — Respuesta restrictiva del Papa. — Convictorio en San Dominico. — El P. Messarati en Bolonia. — Plan de Borgo y oposicion que halla. — Muerte del P. Borgo. — Sale de Bolonia el cardenal legado Archetti. — Carta del P. José Chantre al P. Manuel Luengo acerca de la cuestion promovida en Parma.

1793 — 1794

Aunque á los jesuitas españoles residentes en Bolonia no era permitido ejercitar los ministerios de confesar, predicar y enseñar, y demás que son propios de su instituto; no estaba sin embargo absolutamente ocioso en ellos el celo de la salvacion de las almas; y no fue en esto inferior á sus compañeros el Padre Pignatelli. Vivía en aquella ciudad una señora principal, perteneciente á una de las más notables familias boloñesas, dotada de peregrinas cualidades de espíritu y de una extremada belleza corporal; pero distinguíase de una manera particular por su aficion á las ciencias, en cuyo estudio hizo sorprendentes